



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 25 de noviembre de 1987

Mediante los signos-milagros, Cristo revela su poder de Salvador

1. Un texto de San Agustín nos ofrece la clave interpretativa *de los milagros de Cristo como señales de su poder salvífico*: “El haberse hecho hombre por nosotros ha contribuido más a nuestra salvación que los milagros que ha realizado en medio de nosotros; el haber curado las enfermedades del alma es más importante que el haber curado las enfermedades del cuerpo destinado a morir” (San Agustín, *In Io. Ev. Tr.*, 17, 1). En orden a esta salvación del alma y a la redención del mundo entero Jesús cumplió también milagros de orden corporal. Por tanto, el tema de la presente catequesis es el siguiente: mediante los “milagros, prodigios y señales” que ha realizado, *Jesucristo ha manifestado su poder de salvar al hombre del mal* que amenaza al alma inmortal y su vocación a la unión con Dios.

2. Es lo que se revela en modo particular en la *curación del paralítico de Cafarnaum*. Las personas que lo llevaban, no logrando entrar por la puerta en la casa donde Jesús estaba enseñando, bajaron al enfermo a través de un agujero abierto en el techo, de manera que el pobrecillo vino a encontrarse a los pies del Maestro. “Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: *¡Hijo, tus pecados te son perdonados!*”. Estas palabras suscitan en algunos de los presentes la sospecha de blasfemia: “Blasfemia. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?”. Casi en respuesta a los que habían pensado así, Jesús se dirige a los presentes con estas palabras: “*¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados —se dirige al paralítico—, yo te digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Él se levantó y, tomando luego la camilla, salió a la vista de todos*” (cf. *Mc 2*, 1-12; análogamente, *Mt 9*, 1-8; *Lc 5*, 18-26: “Se marchó a casa glorificando a Dios” 5, 25).

Jesús mismo explica en este caso que el milagro de la curación del parálítico es signo del poder salvífico por el cual Él perdona los pecados. *Jesús realiza esta señal para manifestar* que ha venido como salvador del mundo, que tiene como *misión principal librar al hombre del mal espiritual*, el mal que separa al hombre de Dios e impide la salvación en Dios, como es precisamente el pecado.

3. Con la misma clave se puede explicar esta categoría especial de los milagros de Cristo que es “*arrojar los demonios*”. “Sal, espíritu inmundo, de ese hombre”, conmina Jesús, según el Evangelio de Marcos, cuando encontró a un endemoniado en la región de los gerasenos (*Mc* 5, 8). En esta ocasión asistimos a un coloquio insólito. Cuando aquel “*espíritu inmundo*” se siente amenazado por Cristo, grita contra Él: “¿Qué hay entre ti y mí, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Por Dios te conjuro que no me atormentes”. A su vez, Jesús “le preguntó: ‘¿Cuál es tu nombre?’. El le dijo: Legión es mi nombre, porque somos muchos” (cf. *Mc* 5, 7-9). Estamos, pues, a orillas de un mundo oscuro, donde entran en juego factores físicos y psíquicos que, sin duda, tienen su peso en causar condiciones patológicas en las que se inserta esta realidad demoníaca, representada y descrita de manera variada en el lenguaje humano, pero radicalmente hostil a Dios y, por consiguiente, al hombre y a Cristo que ha venido para librarlo de este poder maligno. Pero, muy a su pesar, también el “espíritu inmundo”, en el choque con *la otra presencia*, prorrumpe en esta admisión que proviene de una mente perversa, pero, al mismo tiempo, lúcida: “Hijo del Dios Altísimo”.

4. En el Evangelio de Marcos encontramos también la descripción del acontecimiento denominado habitualmente como *la curación del epiléptico*. En efecto, los síntomas referidos por el Evangelista son característicos también de esta enfermedad (“espumarajos, rechinar de dientes, quedarse rígido”). Sin embargo, el padre del epiléptico presenta a Jesús a su Hijo como *poseído por un espíritu maligno*, el cual lo agita con convulsiones, lo hace caer por tierra y se revuelve echando espumarajos. Y es muy posible que en un estado de enfermedad como éste se infiltre y obre el maligno, pero, admitiendo que se trate de un caso de epilepsia, de la que *Jesús cura al muchacho* considerado endemoniado por su padre, es, sin embargo, significativo que Él realice esta curación ordenando al “espíritu mudo y sordo”: “Sal de él y no vuelvas a entrar más en él” (cf. *Mc* 9, 17-27). Es una reafirmación de su misión y de su poder de librar al hombre del mal del alma desde las raíces.

5. Jesús da a conocer claramente esta misión suya de *librar al hombre del mal* y, antes que nada del *pecado*, mal espiritual. Es una misión que comporta y *explica su lucha con el espíritu maligno* que es el primer autor del mal en la historia del hombre. Como leemos en los Evangelios, Jesús repetidamente declara que tal es el sentido de su obra y de la de sus Apóstoles. Así, en Lucas: “Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo. Yo os he dado poder para andar... sobre todo poder enemigo y nada os dañará” (*Lc* 10, 18-19). Y según Marcos, Jesús, después de haber constituido a los Doce, les manda “a predicar, *con poder de expulsar a los demonios*” (*Mc* 3, 14-15). Según Lucas, también los setenta y dos discípulos, después de su regreso de la primera

misión, refieren a Jesús: “Señor, hasta los demonios se nos sometían *en tu nombre*” (Lc 10, 17).

Así se manifiesta *el poder del Hijo del hombre sobre el pecado y sobre el autor del pecado*. El *nombre de Jesús*, que somete también a los demonios, significa *Salvador*. Sin embargo, esta potencia salvífica alcanzará su cumplimiento definitivo en el sacrificio de la cruz. La cruz sellará la victoria total sobre Satanás y sobre el pecado, porque éste es el designio del Padre, que su Hijo unigénito realiza haciéndose hombre: vencer en la debilidad, y alcanzar la gloria de la resurrección y de la vida a través de la humillación de la cruz. También en este hecho paradójico resplandece su poder divino, que puede justamente llamarse la “potencia de la cruz”.

6. Forma parte también de esta potencia y pertenece a la misión del Salvador del mundo manifestada en los “*milagros, prodigios y señales*”, la victoria sobre la muerte, dramática consecuencia del pecado. La victoria *sobre el pecado y sobre la muerte* marca el camino de la misión mesiánica de Jesús desde Nazaret hasta el Calvario. Entre las “señales” que indican particularmente el camino hacia la victoria sobre la muerte, están sobre todo las resurrecciones: “*los muertos resucitan*” (Mt 11, 5), responde, en efecto, Jesús a la pregunta acerca de su mesianidad que le hacen los mensajeros de Juan el Bautista (cf. Mt 11, 3). Y entre los varios “muertos”, resucitados por Jesús, merece especial atención *Lázaro de Betania*, porque su resurrección es como un “preludio” de la cruz y de la resurrección de Cristo, en el que se cumple la victoria definitiva sobre el pecado y la muerte.

7. El Evangelista Juan nos ha dejado una descripción pormenorizada del acontecimiento. Bástenos referir el momento conclusivo. Jesús pide que se quite la losa que cierra la tumba (“Quitad la piedra”). Marta, la hermana de Lázaro, indica que su hermano está desde hace ya cuatro días en el sepulcro y el cuerpo ha comenzado ya, sin duda, a descomponerse. Sin embargo, Jesús *gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!”*. “Salió el muerto”, atestigua el Evangelista (cf. Jn 11, 38-43). El hecho suscita la fe en muchos de los presentes. Otros, por el contrario, van a los representantes del Sanedrín, para denunciar lo sucedido. Los sumos sacerdotes y los fariseos se quedan preocupados, piensan en una posible reacción *del ocupante romano* (“vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación”: cf. Jn 11, 45-48). Precisamente entonces se dirigen al Sanedrín las famosas palabras de Caifás: “Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis *que conviene que muera un hombre por todo el pueblo* y no que perezca todo el pueblo?”. Y el Evangelista anota: “No dijo esto de sí mismo, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó”. ¿De qué profecía se trata? He aquí que Juan nos da la lectura cristiana de aquellas palabras, que son de una dimensión inmensa: “Jesús había de morir por el pueblo y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos” (cf. Jn 11, 49-52).

8. Como se ve, la descripción joánica de la resurrección de Lázaro contiene también *indicaciones esenciales referentes al significado salvífico de este milagro*. Son indicaciones definitivas, precisamente porque entonces tomó el Sanedrín la decisión sobre la muerte de Jesús (cf. Jn 11,

53). Y será *la muerte redentora* “*por el pueblo*” y “*para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos*” para la salvación del mundo. Pero Jesús dijo ya que aquella muerte llegaría a ser también la *victoria definitiva sobre la muerte*. Con motivo de la resurrección de Lázaro, dijo a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y *todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre*” (Jn 11, 25-26)

9. Al final de nuestra catequesis volvemos una vez más al texto de San Agustín: “Si consideramos ahora los hechos realizados por el Señor y Salvador nuestro, Jesucristo, vemos que los ojos de los ciegos, abiertos milagrosamente, fueron cerrados por la muerte, y los miembros de los paralíticos, liberados del maligno, fueron nuevamente inmovilizados por la muerte: todo lo que temporalmente fue sanado en el cuerpo mortal, al final, fue deshecho; pero el alma que creyó, pasó a la vida eterna. Con este enfermo, el Señor ha querido dar un gran signo al alma que habría creído, para cuya remisión de los pecados había venido, y para sanar sus debilidades Él se había humillado” (San Agustín, *In Io. Ev. Tr.*, 17, 1).

Sí, todos los “milagros, prodigios y señales” de Cristo están en función de la revelación de Él como Mesías, de El como Hijo de Dios: de *Él, que, solo, tiene el poder de liberar al hombre del pecado y de la muerte, de Él que verdaderamente es el Salvador del mundo*.

Saludos

Vaya ahora mi más cordial saludo de bienvenida a todos los peregrinos y visitantes de lengua española procedentes de los diversos países de América Latina y de España.

En particular, saludo a las Religiosas Oblatas del Divino Amor, que están celebrando el Capítulo General de su Congregación. Os aliento a una respuesta ilusionada y generosa a la gracia de vuestra vocación en el servicio a Dios y a los hermanos.

También saludo a los Oficiales, Profesores y Cadetes del Colegio Militar de la Nación Argentina, deseando que esta visita a Roma, centro de la catolicidad, les reafirme en sus principios cristianos y virtudes castrenses para mejor servir a la patria en la paz y en el progreso. Finalmente, mi saludo a las peregrinaciones de Guadalajara (México), Cuzco (Perú) y San Juan Bautista de Muro (Mallorca).

A todos bendigo de corazón.